

Filosofía, Arte y Letras

V Festival de Música

RECUERDOS DE MANUEL DE FALLA, MI MAESTRO

Por Ernesto Halffter

Mi culto a Manuel de Falla, mi profundo cariño a la persona, mi devoción por el músico, podría decir que constituyen constantes en mi vida y han sido, son y serán gufa permanente en mi actividad de artista para el que es timbre de gloria considerarse discípulo del que es, tal vez, con Picasso, el español más universal desde Goya. De Falla recibí no sólo las mejores lecciones musicales, sino, incluso, la de su propia ejemplar actitud humana en el cumplimiento de su misión artística, de la que sirve testimonio incluso el lema que fue norte de su vida: "Por convicción y por temperamento soy opuesto al arte que pudiéramos llamar egoísta. Hay que trabajar para los demás, sin vanas y orgullosas intenciones. Sólo así puede el arte cumplir su noble y bella misión social".

La vida entera de mi maestro fue un ejemplo vivo de conducta cristiana, sin un solo, ni aun ligerísimo, desfallecimiento. Su obra musical es un apostolado de perfección que generosamente nos descubre posibilidades infinitas y nos brinda nuevos e insospechados caminos que pueden orientarnos y permitarnos avanzar con seguridad y alegría en la realización de nuestros propios trabajos.

Conoci a Falla en 1923, cuando de regreso de Londres pasaba por Madrid, camino de Granada. Adolfo Salazar le había hablado de mí. Me citó en el Café "Lion d'or". Le llevé, recuerdo, varias de mis composiciones. El maestro me dijo que se las quedaría con el fin de analizarlas y que le llamase al día siguiente. Cuando nos volvimos a ver me encontré con la gratísima sorpresa de que al pie de uno de los números del "Trío" había estampado su firma con un ¡Bravo!, entre exclamaciones. Me prometió al dejar Madrid darme noticias, como era su costumbre, y cumplió con su palabra. Recibí una carta a los pocos días, en la que me invitaba a trasladarme a Granada para trabajar con él y encargarme de la dirección de la por él recién fundada Orquesta Bética de Cámara de Sevilla, hoy tan injustamente abandonada.

Por Falla logré una beca para pasar una temporada en París y fue él también quien me recomendó al editor Eschig y a Mauricio Ravel.

Rememoró eternecidamente las temporadas parisienses de aquel entonces, así como los largos períodos granadinos con sus tardes de domingo, en las que nos reuníamos en casa del maestro con amigos tan queridos como Federico García Lor-



MANUEL DE FALLA, en sus años mozos, cuando ya era un compositor famoso.

ca y don Fernando de los Ríos, entre otros.

En 1928, cuando yo habitaba en Niza, vino Falla a pasar unos días conmigo, de regreso del estreno del "Concierto" en el Festival de Siena. Ante mi enorme sorpresa, y en gran secreto, me reveló que tenía la intención de escribir una gran cantata en un prólogo y tres partes, inspirada en "Atlántida" de Mosén Cinto Verdader. Son, por tanto, casi 50 años, medio siglo de mi vida, aquellos en los que, de una u otra forma, la obra está en ella: ya como idea de mi maestro, ya como trabajo por él emprendido e inacabado, ya como fuentes de muchas personales ilusiones y esfuerzos, nunca regateados éstos. Hasta el punto de que, después del impropio trabajo que supuso la primera versión, no he dudado en realizar una segunda cuidadísima, rigurosa y definitiva revisión con la base del conocimiento de todos los materiales que se me habían suministrado paulatinamente y la experiencia de las audiciones a que asistí y alguna en la que participé.

En fin, han sido muchos los encuentros, los contactos, las vivencias con mi maestro. Y

siempre en ellos pude comprobar su respeto a los mayores, del que fue buen ejemplo la reacción que tuvo cuando Barcelona quiso dar su nombre a una plazoleta en el parque de Montjuich y él, agradeciendo tan alto honor, contestó que no podía admitirlo sin que antes se hubiese hecho otro tanto con Pedrell, Albéniz y Granados.

Recuerdo asimismo su condición de compañero ejemplar. Así, cuando en el Festival Internacional de Música Contemporánea, en Siena, donde se estrenaba junto a su "Concierto" una obra de autor modesto ruidosamente pateada, se resistía a salir para recibir los aplausos del público que gritaba su nombre, alegando que le apenaba que pudieran servirse de él como bandera para atacar a un compañero.

Y es que en Manuel de Falla, conviene repetirlo, se fundían la calidad artística y la humana. Por ambas le he guardado siempre, con mi gratitud y admiración, un respeto del que desearían servir nuevo testimonio estas líneas, nacidas de lo más hondo de mi ser, por convicción profundísima e inalterable.

Pizzarrón

El Placer de la Demolición

Por Arturo Usler Pietri

PARIS. No en balde proliferan los psicólogos, los psicoanalistas y los psiquiatras en nuestro mundo. Cada día más aumenta el número de los hombres que, aislada o colectivamente, se sienten víctimas, más o menos reales, de una crisis de identidad y de valores. El viejo correo de los enamorados, ingenio y monótono, que ocupaba un lugar predilecto en las publicaciones más familiares e inocuas, ha sufrido una transformación que, ella sola, serviría para revelar la ilimitada magnitud del cambio experimentado.

Ahora no se confiesan tímidos sentimientos sino que se revelan o se proclaman complejos y estados agresivos. Todo se ha convertido o va a llegar a ser parte de algún complejo. Desde el ya poco invocado y casi rutinario de Edipo, que reveló el Doctor Freud en plena "belle époque", hasta los innumerables que cada día aparecen.

Otra de esas manifestaciones es la del afán de eso que ahora se llama demitificar o desacralizar. El hombre pasa milenios levantando categorías, paradigmas y normas, en una inmensa arquitectura babilónica y ahora todos, como en una guerra de Liliput, se dedican en alguna forma a desconocerlos o demolerlos.

Desde la etiqueta y los usos sociales, desde el traje y las conveniencias, desde "las instituciones" hasta los modelos, desde los grandes hombres hasta los grandes sucesos. En los últimos tiempos ha proliferado, en el teatro, en el cine, en la novela, y en la biografía y la historia misma, un extenso y casi coordinado proceso de demolición.

Es difícil hallar una biografía de gran personaje que no esté llena de revelaciones negativas. Se nos enseñan, en sus menores detalles, todas las pequeñeces, las mequindades, las vacilaciones, las cobardías, o las codicias y apetitos de que estaba hecho el admirado protagonista. Se nos exhuma su vida privada y, en especial, toda la chismografía de la alcoba. Hay un apetito particular por conocer lo que tenía de "demasiado humano" aquel ser que, en sus momentos memorables, llegó a parecernos tan excepcional.

Toda la gama de las grandes y pequeñas aberraciones, las ocasionales aventuras de paso, los lances con las secretarías, las inclinaciones aberrantes o patológicas, hasta que, al final, aparece una especie de contrafigura negativa que borra y suplanta, en buena parte de un modo risible o lamentable, el personaje que teníamos recibido en la tradición.

No es que nadie haya creído nunca que toda la armadura de los héroes era de puro y resplandeciente oro. La cazurriería tradicional sabía desde siempre que no había hombre grande para su sirviente. Se conocían las caídas, las contradicciones y las pequeñeces de los grandes. Era un cierto modo de desquitarse frente a la desproporción y la desmesura. Al aprendizaje de nauta le podía consolar descubrir que Nelson se mareaba o al solitario estudiante que Sócrates peleaba con su mujer. Pero la visión que emergía era la de lo grande. Se buscaba lo que los había hecho grandes y no lo que los empujaba.

Más hizo por la moral popular norteamericana, durante más de un siglo, la mentira de la conseja del cerezo del joven Washington, que la ordinaria historia de un niño del pasado que no tenía por qué no ser, en casi todo, como los otros. Había un gusto pedagógico y estimulante de lo excepcional. La pedagogía de la grandeza y lo excepcional fue la de la humanidad occidental, por lo menos desde Homero hasta los últimos lectores apasionados de Plutarco en el siglo XVIII.

Todo eso es lo que cambia precipitadamente en nuestros días. Es, ciertamente, un fenómeno generalizado y curioso, que revela mucho sobre el estado de espíritu y las tendencias dominantes de esta época. Una especie de tendencia subconsciente a la igualación por debajo y no al esfuerzo hacia arriba, que caracterizó a gran parte del pasado.

Sin embargo, esta fría pasividad negativa desemboca en su propia contradicción. Cuando hayamos terminado de leer todas las biografías demitificadoras, todos los análisis desacralizadores del pasado, cuando hayamos reído del humor negro de todas las películas que nos revelan el lado ridículo de los grandes personajes y de las grandes acciones, habrá de quedarnos siempre la noción irreductible de que, a pesar de todo, aquellos seres o aquellos sucesos algo tuvieron que los pusieron por encima de las pequeñeces prolijas y lamentables que compartían con todo el resto de nosotros. Ese algo distinto es, después de todo, lo que los hizo admirables y eminentes.

Y, acaso, en esa forma, ya desprovista de magia y de falsificación, volvamos a descubrir, de una manera mucho más evidente y eficaz, que más que nunca nos vienen a resultar ejemplares. Porque, con todo lo que tenían de igual a los más pequeños, lograron hacer lo que no parecía asequible sino a los héroes y a los gigantes excepcionales. Para estimular vergüenza de todos los que no lo hacemos.

Sería una curiosa manera de encontrarse de nuevo con la estatua en pie, después de habernos agotado en el esfuerzo de demolerla.

En Tus Pupilas

Por Luis Galizdo

Cuando navego, amor, en tus pupilas, se adormece gentil la madrugada. Hay un mundo de paz en tu mirada. Un bengala de luz en que rutilas.

Cuando surco-remansos-tus pupilas renace mi ilusión. Iluminada eres siempre la tierna bienamada ese clamor de ser que en mí destilas.

Cuando me allego-nauta- a tus pupilas cesa el dolor. Esta alma que vigila emerge-nuevo sol-en la colina.

Cuando encallo mi esquife en tus pupilas toda la selva estalla en clorofilas y la poesía revuela en serpentina!.